

El Mensajero de María Reina de los Corazones

Ante la Inmaculada y ante el Pilar

CON la fatídica velocidad del rayo —porque eso fué para el corazón de los buenos españoles— se propagaron las noticias de dos grandes profanaciones cometidas recientemente en nuestra desgraciada patria.

En Valencia ha sido sacrílegamente destrozada y robada la veneradísima imagen de la Inmaculada de la Catedral. La hazaña fué llevada a cabo de noche por unos malhechores que demostraron poseer en grado sumo, por cima de la codicia, la rabia satánica contra la Madre de Dios en cuya imagen se ensañaron ferozmente. En Zaragoza se ha quitado del salón de sesiones del Ayuntamiento la imagen de la Virgen del Pilar que desde mucho tiempo ha, presidía las deliberaciones de aquel Concejo. El acuerdo fué tomado y llevado a cabo por un puñado de concejales en cuyos menguados pechos, o no ha existido nunca, o se ha extinguido por completo el fuego del amor a España y a su patria chica.

Encontrándonos en plena actividad de persecución religiosa, parece que estos dos casos, y otros muchos que se van dando con desconcertante frecuencia, debieran tomarse como lógicas derivaciones de la honda perturbación moral que padecemos. De la cabeza de un loco ¿pueden brotar ideas equilibradas? Del organismo enfermo en período preagónico ¿se puede esperar otra cosa más que fatales y desastrosas consecuencias? Así, es lógico que del actual desconcierto surjan estas efervescencias morbosas que, al fin y a la postre, han de desaparecer, como todo lo anormal y extravagante.

Es cierto. De la crisis que padecemos no cabe esperar otra cosa. Sin embargo, hechos como el que comentamos encierran